

14/2015

30 de junio de 2015

*Santos Castro Fernández**

EUROPA : UNA REALIDAD
HISTÓRICA

[Visitar la WEB](#)

[Recibir BOLETÍN ELECTRÓNICO](#)

EUROPA : UNA REALIDAD HISTÓRICA

Resumen:

Europa es sin lugar a dudas una realidad histórica, cuyo nombre tiene 25 siglos de antigüedad, siglos vividos con intensidad, a veces dramática, con enormes paradojas que ocasionalmente desdibujan su identidad, y sobre todo, con fracturas importantes en un conjunto que vivimos como unitario.

Esa Europa es una y múltiple, unitaria y diversa, siempre abierta y en construcción, es muy antigua y futura, sigue siendo un proyecto a realizar con una larga historia y cultura. Una realidad que va más allá de la geografía, variable según épocas, como se desarrolla en el documento.

Así, aunque la percibimos como una realidad unitaria, compacta, presenta grandes fracturas que llegan a su médula ósea. Su historia es un relato de dicotomías, es el resultado de una serie de divisiones surgidas según dos ejes, el eje Norte-Sur y el eje Este-Oeste, a lo largo de cientos de años y que curiosamente se han planteado cada cinco siglos: VII, XI, XVI, XX.

Abstract:

Europe is undoubtedly a historical reality, whose name is 25 centuries old, centuries lived intensely, sometimes dramatic, with huge paradoxes that occasionally blurs their identity, and above all, with major fractures in a vision that seems to be considered as unitary.

That Europe is one and multiple, unitary and diverse, always open and under construction, is very ancient and future, it remains a project to be undertaken with a long history and culture. A reality that transcends geography, variable with epochs, as it is developed throughout the document.

Thus, although we perceive it as a single and compact reality, it has large fractures into its bone marrow. The narrative is a one of dichotomies, is the result of a number of divisions that emerged along two axes, the North-South and the East-West, along with hundreds of years and which incidentally have been happening in five centuries: VII, XI, XVI, XX.

Palabras clave: Europa, identidad, cultura, ruptura, historia, futuro

Keywords: Europe, identity, culture, breakdown, history, future

***NOTA:** Las ideas contenidas en los **Documentos Marco** son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.

INTRODUCCIÓN

Como afirma el gran medievalista francés Jacques Le Goff, Europa, enclavada entre el Atlántico, Asia y África, existe desde hace mucho tiempo, dibujada por la geografía, modelada por la historia, desde que los griegos le pusieron ese nombre que perdura hasta hoy; es por ello largo el recorrido histórico de Europa, que sin historia sería una huérfana desdichada.

Europa es sin lugar a dudas una realidad histórica, cuyo nombre tiene 25 siglos de antigüedad, siglos vividos con intensidad, a veces dramática, con enormes paradojas que ocasionalmente desdibujan su identidad, y sobre todo, con fracturas importantes en un conjunto que vivimos como unitario.

Europa es una y múltiple, unitaria y diversa, siempre abierta y en construcción, es muy antigua y futura, sigue siendo un proyecto a realizar.

Europa se presenta en la escena de la historia con el ropaje de la mitología griega. Es persona ilustre, hija de Agenor, rey de Fenicia, y es raptada por el Dios supremo, Zeus, metamorfoseado en la figura de un toro, secuestrada y trasladada a Creta donde de sus encuentros amorosos con Zeus nacerá Minos.

Europa viene de Fenicia, sus raíces crecerán en otro continente, pero cabe decir que Europa es una inmigrante fenicia. Esto es lo que nos dice la mitología griega clásica, pero hagamos ahora otra aproximación desde la geografía y más adelante nos vamos a sumergir en el proceso histórico de las sucesivas Europas que han existido hasta hoy.

La geografía no define de forma precisa un continente al que llamamos Europa. Otros continentes como África y América, están perfilados por sus envolventes costas. Pero Europa es solamente el último extremo de un inmenso continente: Eurasia.

Tiene Europa unos límites muy precisos en el oeste con el Océano que además la proyecta a un mar abierto, en el norte las tierras duras que se alargan hasta el polo, y en el sur el mar Mediterráneo, pero la pregunta permanente se plantea sobre sus límites en el este, nunca definidos, ni ahora mismo con Turquía, dudoso candidato al ingreso en la Unión Europea (UE) y Ucrania, inmersa en un acercamiento a Europa que ha provocado un conflicto interno y la pérdida de territorio a manos de Rusia.

Siempre la frontera en el este ha sido ambigua y porosa. A modo de ejemplo, para la Edad Media la frontera en el este es claramente el Imperio de Bizancio, frontera que tras la caída de Constantinopla en 1453 será sustituida por el Imperio turco-otomano de manera más agresiva e incluso bélica hasta su desmembramiento tras la primera guerra mundial.

¿Cuál es el *"limes"* en el este? Geográficamente serían las estepas rusas (Rusia) y la meseta de Anatolia (Turquía), territorios en los que Europa se desdibuja y se diluye en Asia.

Para los pensadores griegos no había duda sobre los límites y, lo que es más importante, sobre la identidad de los griego-europeos. En palabras de Hipócrates, citadas por Jacques Le Goff, quien como tantos historiadores franceses unen geografía e historia, Europa y Asia, en su libro “La vieja Europa y el mundo moderno”, los “europeos son valientes pero belicosos, mientras que los asiáticos son sabios, cultivados, pero sin nervio; los europeos tienen en mucho la libertad y están prestos a batirse por ella, su régimen político es la democracia; los asiáticos aceptan fácilmente la servidumbre a cambio de prosperidad e igualdad, se acomodan a regímenes despóticos”.¹

Después de sus duros enfrentamientos con el Imperio Persa, ésta es la visión asentada en las polis griegas respecto al mundo de Oriente, que se formula como civilización griega frente a barbarie oriental. Pero al mismo tiempo se pone de manifiesto que el nacimiento de una conciencia de identidad diferenciada, se construye sobre la idea de democracia como fórmula de convivencia política. Europa es el contrapunto de Asia o en término más general Oriente.

Pero Europa no es solamente geografía, es geografía con una larga historia y cultura, Europa es una realidad histórica y cultural, no geográfica, variable según épocas, como veremos más adelante.

RAÍCES HISTÓRICAS

Europa nace de una triple raíz, es en primer lugar griega y de Atenas se nutren sus fundamentos, pero es igualmente hebraica y por último, en tercer lugar es inequívocamente romana. Por tanto sus matrices están por igual en Atenas, Jerusalén y Roma. Como afirma Remi Brage: “nosotros los europeos no somos ni podemos ser “griegos” y “judíos” más que porque primero somos “romanos”.

Y ello porque Roma, quizás menos creadora de identidad propia, lo que sí ha hecho con éxito es actuar como tenaz difusora de la herencia recibida griega y hebrea.

El juego bilateral, una danza coral, entre Atenas y Roma, entre el universo griego y el romano, está expresado con lucidez en los versos del poeta romano Horacio: “La Grecia antigua cautivó a su fiero vencedor e introdujo las artes en el rudo Lacio”.

Queda nítidamente dibujado el papel diferencial que juegan Atenas y Roma. Atenas aporta las artes, la cultura, el pensamiento, las conductas democráticas, el valor de la libertad como esencia de la democracia política. Roma aporta la organización política, la mirada al mundo, la amplitud de horizontes, la difusión de la rica herencia helenística recibida.

¹ Jacques Le Goff, La vieja Europa y el mundo moderno, Edit. Alianza, Madrid, 1995

Son realidades europeas la democracia, el comercio, la economía de mercado, la técnica, la ciencia, el racionalismo, la Ilustración, pero también las guerras de religión, los Imperialismos, el eurocentrismo, los totalitarismos de diverso tipo: estalinismo, fascismo, nazismo. Todo eso es Europa.

LAS FRACTURAS DE EUROPA

Europa la percibimos como una realidad unitaria, compacta, pero su historia presenta grandes fracturas que llegan a su médula ósea. Europa, su historia, es una historia de dicotomías, es el resultado histórico de una serie de divisiones surgidas según dos ejes, el eje Norte-Sur y el eje Este-Oeste, a lo largo de cientos de años.

Es una curiosidad que las grandes fracturas se han planteado cada cinco siglos: VII, XI, XVI, XX.

La primera gran fractura se plantea sobre un eje vertical y divide el escenario mundial en un Este y un Oeste. En el Oeste queda Occidente, con la cuenca mediterránea, frente a Oriente y el resto del mundo.

Es el momento épico que plantea, en términos de la época, (Siglo V a.C.) el enfrentamiento cara a cara entre la civilización griega y la barbarie oriental. Lo representan de manera singular y emotiva las duras guerras médicas lideradas por la polis ateniense al frente de una amplia coalición. Griegos frente a persas en una contienda que tiene dos iconos bélicos que han perdurado por los siglos: Maratón y Salamina.

Esta fractura clave para acotar Europa frente a otros mundos la quiere saltar y la salta Alejandro Magno, quien en una épica aventura imposible, logra temporalmente unir Occidente y Oriente, su gran pasión que le llevará hasta la India.

Pero tras esta aventura imposible vendrá el Helenismo, que se repliega de manera decidida sobre la cuenca mediterránea y posteriormente se refugia en la gran Roma, sobre todo con el Imperio Romano, confirmando ese repliegue sobre el "*mare nostrum*."

Pero el Imperio Romano es ambicioso en su límite oriental y el "*limes*" de la Europa romana imperial estará en el Éufrates y el icono será la ciudad de Palmira en Siria. Son fronteras políticas, porosas y a través de ellas el helenismo, como cultura compartida, circula con facilidad.

En esta unidad mediterránea se instala a partir del siglo IV el Cristianismo, que viene de Oriente en barco, impulsado por el viento de Levante, y se instala con gran apoyo en las ciudades portuarias que han importado de Oriente otras religiones, Maniqueísmo, Zoroastrismo, etcétera, que no lograron prosperar. El Cristianismo, en el contexto romano del siglo IV, además de ser una nueva religión con favorable acogida, es sin duda una realidad política desde Constantino, condición que mantendrá durante muchos siglos.

El Cristianismo hereda del Imperio Romano esta geografía política del “*mare nostrum*” y comienza a llamarse “Católico”, es decir “Universal”.

Será Constantino quien a esta nueva religión, en origen minoritaria, pero engrandecida por una vocación universal, la dotará de una dimensión política para salvar al Imperio, circunstancia que la convertirá, sin ella pretenderlo, en una legítima heredera del Imperio Romano, que comenzará a confundirse con la Cristiandad.

Esta división Occidente-Oriente en realidad tiene antecedentes romanos, sobre todo en las décadas de guerra civil en Roma en el siglo I a.C. Es suficiente recordar los repartos y enfrentamientos de César con Pompeyo y de Augusto con Marco Antonio, dentro del propio escenario romano. Finalmente ya Diocleciano en torno al año 300 d.C., crea la figura de los dos Césares, que se instalan en dos capitales distintas y se consuma la fractura con Teodosio quien designará a Honorio y Arcadio, en paridad, como Emperadores.

Se crean dos Imperios, el de Occidente y el de Oriente, cuya línea divisoria pasa por la inevitable y persistente Sarajevo, siempre clave en la historia europea. Sarajevo representa una fractura permanente en Europa, que perdura hasta hoy, y que se reforzará a partir del siglo XI, con una nueva fractura vertical, como veremos más adelante. Pero para entender la realidad de Europa nunca debemos olvidar a Sarajevo y la línea vertical que desde el Báltico baja al Adriático, a los Balcanes.

La segunda fractura se plantea sobre un eje horizontal, se trata, por lo tanto, de una división Norte-Sur.

Esta división se produce en toda la cuenca mediterránea en los siglos VII y VIII, por la conquista musulmana de la orilla sur y su presencia significativa en territorios de la costa norte, fractura que se prolonga desde Arabia a Hispania.

Este es el tema que desarrolla magistralmente Henry Pirenne en su excelente trabajo titulado “Mahoma y Carlomagno”.²

Esta fractura será de enorme importancia en la Europa de su tiempo. Se produce una gran decadencia en el comercio, en los negocios, porque se pierde el mar como vehículo de intercambios. En palabras de Henry Pirenne, ni una tabla flotará en el mar durante siglos.

La duración de esta fractura será larga, del siglo VII al XVI, con pequeñas oscilaciones o avances temporales efímeros. Por lo que respecta a Hispania el empeño en recuperar el territorio perdido, proceso al que hemos denominado Reconquista, se mueve en paralelo en el otro extremo del Mediterráneo con el intento de la Europa del momento de tomarse la revancha y desquitarse de las propias pérdidas en el interior de Europa. Este impulso es el que produce las Cruzadas que se inician en el siglo XI y perduran varios siglos.

² Henry Pirenne, Mahoma y Carlomagno, Editorial Alianza, Madrid, 1978.

La tercera fractura se produce de nuevo sobre un eje vertical, es una división de nuevo entre el Occidente y el Oriente. Es una división en el interior de la Europa de la Cristiandad. Se trata del Cisma de 1054 entre latinos y ortodoxos, liderados por el Patriarca Miguel Celurario.

El proceso se había iniciado desde la evangelización llevada a cabo por Cirilo y Metodio, sin que se plantease inicialmente una ruptura ni dogmática ni litúrgica. Pero la tensión crece con los movimientos iconoclastas muy radicales y activos, y finalmente se consuma con la ruptura.

Aunque la fractura es religiosa, en el interior de la Cristiandad, tendrá efectos geopolíticos, culturales y sociales que perduran hasta hoy. En realidad, desde el punto de vista geopolítico, se reproduce la división clásica del Imperio Romano, en esa dualidad de mundo latino, hasta Sarajevo, y mundo griego a partir de Sarajevo, Imperio de Occidente frente al Imperio de Oriente, pero ahora, en el siglo XI, todo ello en clave religiosa. Aunque la división religiosa, el Cisma, se convertirá inmediatamente en una división política.

Esta división que nace en el Mediterráneo se prolonga hacia el norte, hasta el mar Báltico, al producirse en esa época la conversión del mundo eslavo que se divide en dos y una parte seguirá la disciplina latina y la otra la nueva práctica ortodoxa.

En el mundo latino católico tendremos a eslovenos, croatas, húngaros, checos, polacos y lituanos.

En el mundo griego ortodoxo tendremos a serbios, búlgaros y el total contingente del mundo ruso.

La división inicialmente religiosa se convierte en una división étnica y política que permanecerá durante siglos y existe hoy en día.

A raíz de la caída de Bizancio nacerá la imagen simbólica de Moscú como “la tercera Roma”. La Roma Imperial se había trasladado con el emperador Constantino a la nueva capital de Constantinopla, luego convertida en capital del Imperio Bizantino. Pero tras su caída en 1453 en manos de los turcos, los ortodoxos consideran que su nueva capital es el patriarcado más preeminente, el de Moscú, que pasa a ser considerada “la tercera Roma”, capital del mundo eslavo ortodoxo.

La cuarta fractura, cinco siglos después, se produce sobre un eje horizontal y dibujará una Europa del Norte protestante y una Europa del Sur latina y católica. Se trata de la Reforma protestante y de la Contrarreforma católica, proceso desarrollado a lo largo de los siglos XVI y XVII. La Reforma impulsa un movimiento político-religioso que acabará dibujando un Norte y un Sur de Europa, de nuevo, como en el siglo XI, por una disputa religiosa.

La disputa no será pacífica y se traduce en numerosas guerras, la más dañina por sus efectos devastadores sobre toda Europa, será la llamada Guerra de los treinta años, 1618-1648, que será la última guerra de religión en Europa, y dará paso a la aparición en escena de los Estados Nacionales que han estado formándose desde hace un siglo.

Pero esta división por dramática que haya sido, coincide con Europa, no la cuestiona, como la ha cuestionado el mundo ortodoxo en el Este.

La que sí cuestionará a Europa es la quinta fractura, que podemos situar otra vez tras cinco siglos, en el siglo XX, en la primera guerra mundial.

La I Guerra mundial no fue un acontecimiento, como con mucha frecuencia se presenta. Fue un resultado, un resultado de muchas decisiones previas y de una constante presión belicista en las anteriores décadas. Hay que examinar las relaciones internacionales durante, al menos, los 25 años anteriores, los Imperialismos diversos que chocan en Marruecos y en el Medio y Lejano Oriente, la xenofobia creciente, un nacionalismo exacerbado y contagioso, el militarismo que invade las Cancillerías, el espíritu colectivo que desea un acontecimiento que pulse los sentimientos, el ansia de revancha, la oportunidad de dibujar un nuevo mapa europeo, en definitiva, tantas y tantas causas que actuaron en el subsuelo, aunque la chispa fueran dos disparos en Sarajevo que acabaron con la vida del Archiduque Francisco Fernando, heredero del Imperio Austrohúngaro.

El Imperio Austrohúngaro ha sido injustamente tratado en múltiples ocasiones. Ha sido calificado de militarista, de ineficiente por su estructura constitucional dual, causa de constantes disputas entre Viena y Budapest, de institución antigua no adecuada para un Estado Moderno, de otorgar desigual trato a las múltiples minorías que lo integraban.

Sin embargo es el régimen político más integrador de la época, capaz de gobernar con tolerancia la más amplia diversidad de pueblos con distintas religiones, grupos étnicos y pluralidad de usos y costumbres. Su desaparición en la Conferencia de París y sucesivos Tratados dejó un hueco de integración, respeto moderado y convivencia pacífica y cooperativa en aquella diversidad de pueblos que no ha sido recuperado hasta fechas recientes, tras la caída del muro de Berlín y la incorporación de los países integrantes del Imperio Austrohúngaro en las Instituciones Europeas.

Con la denominada Segunda Guerra de los Treinta Años, que incluye del 1914 a 1945, se consuma la más dramática fractura, en este caso en el núcleo central de Europa, la Entente liderada por el Reino Unido y Francia frente a las llamadas Potencias Centrales de Alemania y el Imperio Austrohúngaro.

Es sin duda el abismo, al que se asomó Europa en esos años dramáticos y salvajes, de exterminio de personas y pueblos, de destrucción masiva de ciudades, una destrucción no solamente física, sino lo que es más grave, de destrucción cultural y moral.

Europa en esta , por ahora, última fractura se acerca al aniquilamiento de su propio ser e identidad; pero tras el fin del marasmo y ante el espectáculo siniestro de lo sucedido, muchas mentes reflexionan y eligen para el futuro europeo la paz, la concordia, el respeto y entendimiento mutuos, la convivencia pacífica entre naciones, la creación de intereses comunes, la aceptación de que autoridades supranacionales lideren ciertas políticas sectoriales, en definitiva la construcción de un futuro en común compartido por los Estados Nacionales.

En conclusión, Europa no es una unidad compacta desde sus orígenes y a través de su larga historia protagoniza una sucesión de fracturas y divisiones que en ocasiones han sido una amenaza para su propio ser.

De todas las fracturas que hemos recorrido la fundamental es la división este-oeste, Imperio bizantino oriental y ortodoxo, frente a la Cristiandad occidental, latina y cristiana, heredera histórica de la división entre un Imperio de Oriente y un Imperio de Occidente.

Así lo concibieron los pensadores medievales de los siglos XII y XIII, que formularon la teoría de la "*Translatio imperii et translatio studii*", afirmando que la legitimidad del poder imperial se había trasladado del Imperio bizantino al Sacro Imperio Romano Germánico y la ciencia, la cultura, el saber había pasado de Atenas a Roma y París,

LOS ORÍGENES

La pregunta que debemos hacernos sobre los orígenes de Europa es: ¿nacó Europa en la Edad Media?. La respuesta a la pregunta es sí, sin duda alguna.

Para Henry Pirenne la respuesta es más precisa, porque pone fecha, día y acontecimiento icónico. Europa, en su visión, nace el día de Navidad del año 800, con ocasión de la coronación de Carlomagno como Emperador por el Papa León III, en un intercambio de favores y apoyos, porque el Papa otorga a su invitado la anhelada legitimidad política, y Carlomagno le asegura al Papa su seguridad y defensa ante sus enemigos.

En línea con Henry Pirenne, Marc Bloch afirmó que Europa nació cuando el Imperio Romano de Occidente se derrumbó.

De nuevo, otro medievalista francés, Lucien Febvre, escribió: " A lo largo de toda la Edad Media (una Edad Media que conviene prolongar hasta bien entrados los tiempos modernos), la acción poderosa del cristianismo, al permitir el incesante paso, por encima de las fronteras mal establecidas de unos reinos caleidoscópicos, de grandes corrientes de civilización cristiana despegadas del suelo, contribuyó a dar a los occidentales una conciencia común,

por encima de las fronteras que les separan, una conciencia que, paulatinamente laicizada, se convirtió en una conciencia europea”.

Reforzando la tesis de que Europa nace en la Edad Media, especialmente a partir del año 1000, el precitado Marc Bloch, afirma: “El mundo europeo, en tanto que europeo, es una creación de la Edad Media que, casi simultáneamente, rompió la unidad, al menos relativa, de la civilización mediterránea y lanzó, mezclados en el crisol, los pueblos antaño romanizados con los que Roma no había conquistado nunca. Entonces nació Europa en el sentido humano de la palabra. Y desde entonces ese mundo europeo, así definido, no ha dejado de verse reconocido por corrientes comunes”.³

Así pues nace en la Edad Media, amparándose en el Cristianismo que desborda las porosas fronteras políticas, y fusionando a los pueblos romanizados con los pueblos bárbaros, al tiempo que el territorio de implantación se traslada desde el Mediterráneo hacia el Mar del Norte y el Báltico.

Europa nace en una Edad Media que tendrá un largo recorrido que va, al menos, desde el año 1000 al siglo XVII, y en ese período se afirma el subsuelo de una entidad histórica, la Europa mestiza, que al tiempo que desarrolla su potencial de unidad, convive con una diversidad de poblaciones y divisiones, como hemos visto en sus fracturas, y siempre con la duda e indefinición de la frontera y límites en el este oriental.

En conclusión, para algunos los orígenes de Europa pueden retrotraerse a la disolución del Imperio Romano de Occidente, pero en esos siglos de la llamada Antigüedad tardía, todavía pervive una civilización mediterránea que no incluye los pueblos del norte, por lo que resulta una posición desequilibrada. El Imperio Romano de Occidente es un mundo mediterráneo, enmarcado entre las dos orillas, norte y sur (África), del “*mare nostrum*”.

Europa se enmarca en otro entorno territorial, que va desde la orilla norte del mar Mediterráneo hasta el Báltico, más concretamente en el ámbito de la histórica Lotaringia posterior a Carlomagno.

En resumen, Europa nace con el primer Renacimiento, el Renacimiento de los siglos XI al XIII, y su nacimiento va acompañado de la reforma gregoriana, del éxito de Cluny, del románico y el gótico, de los monasterios tanto del Cister como posteriormente de franciscanos y dominicos, de la renovación y auge del comercio, de la expansión y crecimiento de las ciudades, y otros ingredientes más, elementos todos ellos plenos de espíritu europeo.

³ Marc Bloch, Historia e historiadores, Editorial Akal, Madrid, 1999.

LA EUROPA DE LA CRISTIANDAD (SIGLOS XI-XVII)

Un periodo tan largo, siete siglos (XI-XVII) exige, para su mejor comprensión, ser dividido en tramos más cortos, para así agrupar tiempos homogéneos con una identidad más definida. Por ello hablaremos de un primer tramo, del siglo XI al XIII, periodo brillante, de gran éxito y progreso, tanto que los historiadores a veces se refieren a él como “el primer Renacimiento”. El segundo tramo, los siglos XIV y XV, es en cambio un periodo de abatimiento, de decadencia, de guerra prolongada, la llamada guerra de los cien años entre Inglaterra y Francia, extendida a otros países, de peste generalizada en todo el continente, de alta conflictividad política y social y, en consecuencia, de guerras civiles en varios países (entre ellos Portugal, Castilla y Aragón) . Por último, en el tercer tramo, siglos XVI y XVII, se recupera la brillantez intelectual y alta cultura del Renacimiento en todo su esplendor, aunque en la otra cara de la moneda, tras el juego dual de la Reforma protestante y la Contrarreforma católica, se extenderán por la Europa de la Cristiandad las guerras de religión y Europa, sobre todo en su territorio central, vivirá la más destructiva contienda, la llamada “Guerra de los Treinta Años” , entre 1618 y 1648.

Siglos XI al XIII

En el primer tramo, siglos XI al XIII, se vivirá la explosión urbana, tanto por la recuperación de los viejos asentamientos del Imperio Romano, como por el levantamiento de nuevas urbes en enclaves privilegiados. En el norte de Europa, con carácter general, se eligen nuevos emplazamientos, junto a castillos o monasterios, bien situados para ser protagonistas de las redes comerciales nacientes. En el sur de Europa se recuperan las ciudades de la época romana que habían mantenido una vida activa.

Será en las ciudades donde contemplemos con admiración la que posiblemente es la mayor creación técnica y cultural de la época: la catedral gótica. Unas obras de tal magnitud, que frecuentemente consumían siglos para su ejecución, requerían una financiación sostenida; una parte del coste se financia con impuestos a los ricos comerciantes de la época, pero la mayor parte provenía de donaciones de los nobles.

Este periodo es el de la creación de una red, que podemos llamar europea, de ciudades, a través de las cuales circulaba el comercio, la cultura y el sentimiento compartido de pertenencia a la Cristiandad, por encima de vínculos feudales y jurisdicciones múltiples. En resumen, del siglo XI al XIII pasamos de los monasterios dispersos a los núcleos urbanos que alojan al poder político y religioso, el comercio y la riqueza, y el desarrollo cultural a través de las Universidades que toman el relevo de los viejos monasterios benedictinos.

Por su naturaleza las ciudades que destacan son las capitales políticas; éste será el éxito de París, capital política de los Capetos, y enclave de la abadía de Saint Denis. Una peculiaridad son las Ciudades-Estado en Italia, originalidad política excepcional; aquí los nobles residen en

las ciudades mientras en el resto de Europa siguen viviendo en castillos situados en zonas rurales.

En las ciudades se genera una burocracia urbana que constituirá una potente clase profesional, los profesionales del derecho, los “juristas”, formados en las nuevas Universidades. Con la recuperación del Derecho Romano se verán desplazadas las costumbres tradicionales, de transmisión oral, que habían configurado el derecho consuetudinario.

Europa, la Europa de la Cristiandad, se construye desde las ciudades: hay claramente una ciudad europea frente al modelo de ciudad bizantina o musulmana. La ciudad europea es más dinámica y democrática a pesar del aumento de las desigualdades que alberga en su seno.

Este proceso de desarrollo urbano no es uniforme en el espacio europeo de la Cristiandad; es mucho más débil a medida que nos desplazamos hacia el norte o hacia el este, donde predomina la ruralidad y escasean la industria y el comercio.

La red de ciudades sirve como soporte para otros fenómenos propios de la Europa de la Cristiandad, como son la creación y expansión de la Universidades, la fundación de monasterios urbanos para las nuevas Órdenes mendicantes de franciscanos y dominicos o la expansión del comercio en las numerosas Ferias. Se configura un eje comercial que desde la Normandía, a través de Flandes y la Champaña alcanza Italia. Son territorios que en gran medida coinciden con los de los países fundadores de la Comunidad Económica Europea en 1957.

El desarrollo comercial introduce en la mentalidad el concepto de riesgo en los negocios. Es el factor de riesgo determinante para que la Iglesia acepte como apropiada la ganancia del comerciante y se les aplicará a los comerciantes el concepto de utilidad pública que comienza a elaborar la Escolástica del XIII.

La dimensión que adquiere el comercio es plenamente europea. Del Mediterráneo al Báltico, a través de Flandes, se desarrolla un “mercado único europeo” que crece con la conexión marítima entre los dos mares.

Y con las ciudades nace otro pilar europeo, otro elemento configurador de Europa, las Universidades. Las Universidades se configuran como una corporación urbana. El nombre se utiliza por primera vez en París: “*Universitas magistrorum et scholarium*”.

La autonomía de las Universidades frente a las injerencias de los monarcas o de los propios gobiernos municipales es una de sus señas de identidad. Pero en las Universidades tiene un mayor peso la Iglesia ya que las Universidades nacen con un vínculo eclesiástico y, tanto el Papa como el Obispo local, son determinantes en cuestión de dogma y ejercen una estrecha censura.

Las Universidades conceden títulos cuyo reconocimiento es universal en toda Europa.

Siglos XIV y XV

En el siglo XIV la vivencia de esplendor y mejora de los siglos precedentes ha llegado a su final. El siglo XIV será un siglo de grandes rebeliones, de movimientos sociales en el campo y en las ciudades, en el marco de una pujante movilidad geográfica y social. En una situación de estancamiento en el proceso de crecimiento y crisis de la economía, hace su entrada la “Gran Peste”, la Peste negra (1348), que eleva dramáticamente la tasa de mortalidad y provoca un repentino descenso de la población.

Se ha planteado si la crisis del siglo XIV es la crisis de la nobleza. En todo caso lo que se produce es una considerable reducción de las rentas de la tierra, al tiempo que mejoran los salarios de los trabajadores tras el gran descenso de la población originado por la peste.

Además, la peste viene acompañada por la denominada “Guerra de los Cien años”, una guerra de dimensión europea, que implica especialmente a las nuevas naciones emergentes en el oeste de la Europa de la Cristiandad: Inglaterra, Francia, Portugal y Castilla. El problema de la guerra constituirá un mal crónico, especialmente por razón de los numerosos grupos de mercenarios que intervienen; los mercenarios en paro, a causa de las numerosas paces y treguas acordadas entre los contendientes, se convierten en bandas sin control que viven sobre el terreno al que expolían.

Pero a pesar de esa guerra intermitente entre Inglaterra y Francia, es la Gran Peste la protagonista del siglo, la que ha acaparado y señalado el punto álgido del dramatismo del siglo (un tercio de la población de Europa muere como consecuencia de la peste, sin excluir reyes, como es el caso de Alfonso XI de Castilla). Pero hay que señalar que los efectos de la peste no hacen sino intensificar la crisis del feudalismo que ya se apreciaba a comienzos del siglo y era manifiesta en la controvertida subida de las rentas feudales.

En este contexto se producen los pogromos. Como ejemplo significativo los judíos en Francia, que habían sido readmitidos en 1359, son finalmente expulsados en 1394. En los reinos de Castilla y Aragón se produce la gran persecución de 1391 y, a finales del XV, en 1492, son expulsados.

Pero el gran proceso de transformación que tiene lugar en estos dos siglos es la crisis y decadencia de las dos grandes potencias que habían pugnado durante los siglos anteriores por imponer su predominio en Europa, el Papado y el Imperio.

El Imperio no tiene capacidad de resistencia frente a la aparición y protagonismo de los nuevos Estados Nacionales como actores políticos pujantes. En definitiva se produce el tránsito del Estado feudal, con sus múltiples fragmentaciones y jurisdicciones entrecruzadas, al Estado Moderno, más unitario y centralizado, dotado de una burocracia propia de “juristas” profesionales que van ocupando los puestos de nobles y obispos.

El Papado está bloqueado y secuestrado por Francia en la pequeña localidad de Aviñón; ha perdido incluso su enclave romano que acreditaba su lejana herencia “imperial” del emperador Constantino. No regresará el Papado a su sede romana hasta el siglo XV y mientras sufrirá, por causa del secuestro francés, su propio Cisma que como efecto más llamativo nos permitirá ver la coexistencia de dos Papas, uno en Aviñón y siempre francés, y un Papa en Roma (y hasta un tercer Papa en Pisa).

Otro hecho que nos aleja definitivamente de los siglos precedentes es el importante cambio cultural y estético que se inicia en el siglo XV. Tiene lugar el abandono del gótico (se terminan las últimas catedrales góticas) y la expansión del nuevo gusto flamenco y, sobre todo, del Renacimiento italiano. El Renacimiento, movimiento cultural y estético con raíces propias, se verá, tras la caída de Constantinopla en 1453, enriquecido con el gran aporte de quienes se instalan en Italia llevando consigo el patrimonio artístico y cultural de la vieja capital bizantina. Es el Renacimiento el que ejemplificará el siglo XV, especialmente en Florencia, capital europea de la cultura en aquellas espléndidas décadas al amparo del patrocinio de los Medici.

Pero la euforia por la incipiente mejora económica tiene su contrapunto y Florencia será la responsable de la primera crisis financiera europea. Se producen las sucesivas quiebras de bancos florentinos cuyos demoledores efectos se transmiten a toda Europa. La crisis financiera se enmarca en la crisis económica general y en la crisis social; esa dimensión social es destacable en la revuelta de los trabajadores florentinos de la lana (1378), la denominada “sublevación de los ciompi”, considerado el punto culminante de los movimientos populares de la segunda mitad del siglo XIV.

Un período tan conflictivo no podía, en aquellos tiempos, dejar de producir un movimiento herético, dada la intimidad entre religión y vida personal y colectiva. El resultado de ese clima convulso será la herejía husita del siglo XV, que se hace eco de movimientos anteriores en la Inglaterra del XIV.

La herejía husita es el primer gran conflicto de ideas en la Europa moderna, aunque se centre y desarrolle exclusivamente en el reino de Bohemia, pero anticipa la crisis y fractura europea que se consumará en el siglo XVI con la Reforma protestante y las Contrarreforma católica.

El impulsor de la herejía, J. Hus, será quemado en Constanza en el 1415; es el primer mártir de una hoguera que no se apagará hasta muy tarde, tras las guerras de religión que llenarán de pavor los dos siglos posteriores en la mayor parte de Europa.

Elevando la mirada política sobre la Europa al término de estos siglos se puede afirmar que el feudalismo ha declinado, aunque prácticas y usos consuetudinarios se prolonguen hasta el XVIII, y han hecho su aparición los Estados nacionales, pero con una clara diferenciación en el ámbito de las instituciones políticas. Se puede y debe hablar de dos Europas, una occidental, con una clara consolidación del poder monárquico, mientras en la Europa oriental, en la Europa danubiana, se consolida la nobleza, refuerza sus derechos y no favorecerá la creación de monarquías nacionales vigorosas.

En síntesis: guerra y hambre, crisis demográfica por epidemias y destrucción, enfrentamientos civiles y primera guerra europea, desorden social, levantamientos populares tanto en el campo como en las ciudades, y crisis y cisma en el ámbito religioso que se acrecientan con la herejía husita. Pero también inicio de la recuperación económica, apertura de nuevos horizontes geográficos y comerciales, aparición de los primeros Estados nacionales y, sobre todo, cambio cultural y estético sobre la base de una nueva concepción del hombre y del mundo.

Siglos XVI y XVII

En palabras de F. Braudel, el siglo XVI es el período en el que se produce la expansión planetaria de la civilización material del capitalismo; en expresión actual estaríamos hablando de la primera “globalización” de la historia. Pero al tiempo que se producen cambios orientados hacia la modernidad en un mundo ampliado, subsisten líneas profundas, de raíz medieval, como es el enfrentamiento entre el Papado y el Imperio, ya ambas instituciones sobrepasadas por las nuevas realidades políticas y religiosas: los Estados nacionales y los procesos de Reforma y Contrarreforma; pero la inercia de su liderazgo en los siglos precedentes arrastra a ambas instituciones y a sus titulares.

Uno de los momentos claves del siglo XVI es la Paz de 1559, acordada entre Francia y España, aunque puede verse solamente como una paz dinástica, que resuelve el enfrentamiento crónico entre los Valois y los Habsburgo, es mucho más que eso: es, sin duda, una paz europea en todo su alcance y dimensión, aunque los conflictos religiosos que se abren de inmediato resten valor a los logros de esta paz.

Los siglos XVI y XVII están marcados con dramatismo por las guerras de religión nacidas de los procesos de Reforma protestante y Contrarreforma católica. Se produce en estos siglos, y ya sin posible retorno, la fractura de la, durante tantos siglos, llamada Cristiandad como sinónimo de Europa.

Nueva fractura en Europa, el norte protestante y el sur católico. Todo sufrirá un deterioro notable con el nuevo corte: el comercio, las Universidades, la libre circulación de personas e ideas en el ámbito europeo.

Es cierto que las nuevas barreras no son infranqueables, pero son, sin duda, difíciles de traspasar. Una excepción de relieve será, un personaje europeo, Giordano Bruno, que se moverá en la segunda mitad del siglo XVI por toda la Europa culta, pero acabará cayendo en manos de la Inquisición de Venecia, para después ser quemado en Campo di Fiori en Roma.

Las Universidades europeas, que han sido de verdad “universitas”, comienzan a dividirse según confesiones religiosas. Felipe II solamente permitirá a sus nacionales ir a estudiar a Roma, Bolonia, Nápoles y Coimbra, Universidades del sur de Europa, en las que considera que la ortodoxia está garantizada. En definitiva, las Universidades dejan de ser europeas y se hacen “nacionales”.

En estos siglos se produce la fractura religiosa de Europa, con el agravante de que la unidad religiosa se consideraba el fundamento del Estado y la base de la sociedad. Por ello primero se rompe la unidad de la Cristiandad y a continuación se amenaza la unidad nacional de los Estados. El incremento del fanatismo religioso acabará provocando las guerras de religión que se extienden por Europa bajo el lema francés que hace fortuna: “un rey, una fe, una ley”.

En conclusión, Europa se fractura en dos, la Europa del norte protestante y la Europa del sur católica, con sus respectivas capitales como referentes, Ginebra y Roma, y una línea divisoria que desde Escocia llega a Transilvania cruzando el centro de Europa.

La puesta en escena política y bélica será la denominada “Guerra de los Treinta años” (1618-1648), guerra aniquiladora, devastadora de las regiones centrales de Europa, especialmente Alemania, que será recordada como la más odiosa y destructiva.

Tras una dura guerra llega una más que razonable paz, la Paz de Westfalia, que estableció un nuevo orden en Europa y consagró el concepto política de soberanía nacional, sobre la base del principio de integridad territorial que es el elemento constitutivo de la existencia de los Estados. El nuevo orden de Westfalia se mantendrá hasta las revoluciones nacionalistas del siglo XIX.

La paz de Westfalia cierra el proceso de decadencia como poder político del Papado que ya no volverá a jugar un papel determinante en la política europea. La religión deja de ser “casus belli” y queda separada del Estado.

Ha terminado la que hemos denominado “Europa de la Cristiandad”, fundada sobre una unión de religión y poder político de diversas dinastías pujantes para pasar a una Europa basada en los Estados nacionales soberanos que abandonan la religión como componente de su ser político.

LA EUROPA DE LOS ESTADOS NACIÓN (SIGLOS XVIII-XX)

El siglo XVIII será testigo de un replanteamiento de los equilibrios entre potencias emergentes establecidos a mediados del siglo XVII en la Paz de Westfalia. En las Paces de Utrecht y Rastadt (1714), con las que se inicia el siglo XVIII se rediseña un nuevo mapa político, un nuevo equilibrio europeo que, con sus alteraciones provocadas por la Revolución Francesa y sus ajustes en el Congreso de Viena, llegará hasta el siglo XX. Básicamente, los Borbones se instalan en España que, como compensación, cede a Austria los Países Bajos e Italia, territorios por los que ha estado batallando hasta la extenuación durante más de dos siglos.

La gran favorecida es Inglaterra que no ha sufrido guerras en su territorio y arranca en una posición favorable en el que será para ella un gran siglo, impulsando la primera revolución industrial y consolidando su sistema parlamentario como fórmula de gobierno.

Pero el equilibrio no será pacíficamente admitido y será cuestionado a lo largo del siglo. Los reajustes provocan enfrentamientos bélicos que se suscitan con ocasión de una serie de sucesiones al trono discutidas en España, Austria o Polonia. Son las llamadas “guerras de sucesión” pero, en realidad, son verdaderas guerras europeas, en las que, por primera vez, prevalecerán claramente los intereses de los Estados nacionales sobre los intereses dinásticos representados por los Habsburgo y los Borbones que han protagonizado los siglos precedentes.

El resultado de todos estos reajustes territoriales que consolidan con firmeza a los Estados nacionales se puede presentar, en apretada síntesis, del modo siguiente: se afirma la primacía de Inglaterra, con el paralelo malestar en Holanda que contempla el desplazamiento de Ámsterdam, como capital comercial de Europa, a favor de Londres. Por lo que respecta a los intereses coloniales resulta inevitable el choque entre las dos potencias que aspiran a una posición privilegiada: Francia versus Inglaterra.

En paralelo se ha producido la gran revolución en el pensamiento fruto de los avances de la razón en el siglo precedente. Del siglo XVII al XVIII se transita de la razón a la experimentación, del racionalismo cartesiano, es decir, de la revolución científica del XVII (Descartes, Leibniz, Newton) a la revolución industrial del XVIII. De Locke a la Enciclopedia,

pero siempre dentro del régimen político despótico, el Despotismo Ilustrado, salvo en el caso inglés.

Desaparecen las últimas brumas del oscurantismo medieval y se abren caminos nuevos para la apertura mental gracias a la racionalidad de las Luces.

El Despotismo saltará por los aires con la Revolución Francesa que tendrá, en sus diversas etapas, momentos claves para la reconfiguración de Europa. La revolución política llevará a la burguesía al poder y en el Congreso de Viena, tras la restauración borbónica en París, se diseña la Europa de las Naciones del “pacífico” siglo XIX que contemplará, además de la guerra de Crimea, las guerras en Italia y Prusia para completar el juego de las grandes naciones, al amparo del pujante nacionalismo que impregna todo el siglo.

La geopolítica de Europa a lo largo del siglo XIX consistió en convertir naciones en Estado-nación. Y nunca con un preciso ajuste de fronteras en una Europa cuya historia es la historia de la mezcla de pueblos, naciones, culturas, etnias y religiones. Un ejemplo extremo corresponde a la nación alemana que estaba distribuida en más de una decena de países.

Podemos afirmar que los inicios del movimiento europeo de liberación nacional corresponden a la reacción de Europa, en su conjunto, frente a las exorbitantes pretensiones napoleónicas plasmadas en sus guerras europeas. Es en la batalla clave de Waterloo donde Europa pone en marcha su proceso de construcción nacional que llegará hasta la primera guerra mundial.

Con el auge de los nacionalismos se construyen memorias nacionales que hacen sombra a la Europa como realidad histórica.

El siglo XIX está pleno de sentimientos nacionales, de procesos de construcción nacional (es curioso que los dos países, Italia y Alemania, que más se retrasan en ser Estados nacionales, son los que mantuvieron las pretensiones universales del Papado y del Imperio), algunos de los cuales derivan en imperialismos exultantes que alimentaron la génesis de la Gran Guerra.

Europa se suicida una vez más en la “segunda guerra de los Treinta Años”, entre 1914 y 1945.

La Gran Guerra (1914-1918) constituye no un acontecimiento bélico más sino el resultado final de un proceso de militarización creciente, en una sociedad ensimismada por los nacionalismos, que llegó a considerar la contienda como “una experiencia depuradora”.

En una Europa ya industrializada el enfrentamiento será una guerra industrial, una guerra “moderna”, donde las capacidades militares de destrucción se incrementan al ritmo con el que se desarrollan nuevos sistemas de armas más mortíferas, al tiempo que se militariza a la población civil.

Pero peor que una guerra es una desafortunada paz. Y la Conferencia de París en la primera mitad de 1919, y sus posteriores Tratados de Paz, en especial el de Versalles con Alemania, servirán de justificación para, tras los “felices años veinte” que se cierran con la Gran Depresión, desencadenar el segundo acto del suicidio europeo entre 1939 y 1945. Europa ha establecido una plusmarca: suicidarse dos veces en treinta años.

La primera mitad del siglo XX ha contemplado la mayor catástrofe física y moral de Europa, hasta el extremo de asomarse al abismo de su destrucción.

Es solamente tras contemplar las ruinas de una brillante historia de progreso, convivencia y racionalidad, cuando esa Europa de nuevo fracturada se reorienta hacia el entendimiento, la solidaridad, la unión y la creación de instituciones comunes que hagan imposible un enfrentamiento entre naciones europeas que comparten un universo cultural nutrido de una racionalidad con siglos de historia.

Con esta experiencia de la primera mitad del siglo XX, en la década de los cincuenta se inicia la construcción de una Europa unitaria, sobre un condominio de Francia y Alemania, que pone fin a sus enfrentamientos de los últimos ochenta años, y nos ha llevado a la Europa actual, con sus luces y sombras, que pasamos a analizar.

LA EUROPA DE HOY: ¿UNA NUEVA FRACTURA?

¿Qué es Europa hoy en una perspectiva geopolítica? Un espacio recóndito, una pequeña península en un inmenso territorio euroasiático que se recorre en unos días, que se sobrevuela en unas cortas horas, que hasta el pasado siglo ejercía un liderazgo económico, político y cultural de alcance global y hoy contempla atónito el desplazamiento del protagonismo hacia el otro extremo, hacia el Pacífico, que ha entrado en una suave decadencia, que acumula crisis tras crisis, crisis económica profunda no resuelta que ha llegado a poner en tela de juicio su moneda única, que muestra una debilidad política por la carencia de una verdadera unión, crisis demográfica por su envejecida población y la necesidad de flujos migratorios, crisis de valores y degradación moral en la propia identidad europea por el auge de los partidos radicales que reclaman el regreso de las fronteras y el retorno del viejo nacionalismo que tantos destrozos ocasionó en Europa.

Es cierto que existe también una Europa positiva y dinámica. La Europa que sigue siendo un referente en la defensa de las libertades y los derechos humanos, en la cooperación internacional al desarrollo de los pueblos, en la creatividad cultural, en el mundo del pensamiento, en el ámbito tecnológico y la innovación, etcétera. Pero los motores que la impulsan presentan síntomas de desgaste y agotamiento.

Europa necesita un relanzamiento, objetivo que persigue, de momento sin avances, la nueva Comisión Juncker, si bien con una dudosa apuesta para que sea el sector privado el gran dinamizador de la economía europea.

Europa, la Unión Europea, ha vivido décadas de importantes logros, con grandes avances en su integración, pero en estos momentos no tiene claridad sobre su meta final; no tiene una meta determinada ni definida por lo que sus pasos son titubeos y sus decisiones son tardías e insuficientes. Y por lo que respecta a los ciudadanos europeos, la Unión siempre ha funcionado mejor para las élites que para la gente corriente y esta brecha se ha manifestado constante dificultando la creación de un sentimiento compartido y general de europeísmo solidario e integrador. Sigue pendiente la construcción de un “demos” europeo.

Pero antes de continuar, echemos una mirada al pasado reciente.

La Europa de hoy nace en los años 50 del pasado siglo. Nace como un condominio franco-alemán, acompañado de otros partícipes de menor peso, en el que supuestamente Alemania estaba llamada a liderar la economía y Francia la política. En expresión del general De Gaulle, Europa es un coche de caballos: el caballo es Alemania y el cochero es Francia. Y efectivamente durante décadas ha sido así, en términos generales.

Pero la situación ha cambiado tras la crisis económica y la gran recesión sufrida a lo largo de un lustro. La profundidad de la crisis ha mostrado la debilidad de Francia, anclada en un crónico estancamiento, y ha realzado la fortaleza de Alemania y su liderazgo a lo largo de la gran recesión, perdiéndose el inicial equilibrio de poderes.

La relación clave, el eje franco-alemán, sobre el que se construyó el proyecto europeo se ha debilitado. Y ahora la capital de Europa parece no estar en Bruselas sino en Berlín, aunque los alemanes no están cómodos y dispuestos para asumir esa posición de liderazgo en solitario.

Pero volvamos a los problemas que hay que afrontar. El problema al que se enfrenta la Europa de hoy es que la supuesta unión económica y monetaria –que después de manera espontánea y natural traería la unión política- no ha producido unión sino desunión. No ha sido posible, solamente con los instrumentos de una política monetaria y una moneda común, unir economías tan distintas y el resultado ha sido una nueva fractura, en este caso norte-sur. Países acreedores y países deudores. Los mismos tipos de interés para economías muy distintas fueron el caldo de cultivo para impulsar gigantescas burbujas que acabaron convirtiéndose en una crisis de deuda soberana en varios Estados y poniendo el euro al borde de su desaparición.

Los problemas que estamos sufriendo de estancamiento económico, dificultades financieras, deuda soberana, recesión, deflación y desempleo, no son debidos a la integración europea, sino a la limitada Europa en la que estamos inmersos. Y la solución es más Europa no menos Europa.

El espacio euro no está siendo una zona monetaria óptima porque en su interior existen unas desproporcionadas diferencias de productividad, derivadas principalmente de las enormes diferencias en capital humano e innovación, diferencias que antes de la moneda

única se equilibraban de tiempo en tiempo por medio de las clásicas devaluaciones de la moneda propia, con lo que se volvía a una posición equilibrada vía costes nominales, solución que en la moneda única no es posible y conlleva las dificultades y tensiones que vive la eurozona. Europa debe equilibrar su capital humano, de lo contrario surgirán mayores tensiones que pondrían en riesgo la moneda única. Capital humano y productividad más equilibrada asegurarán el futuro del euro.

Dejando a un lado todos los problemas técnicos derivados del erróneo diseño del euro y la posterior gran recesión que ha puesto de manifiesto las insuficiencias de la Unión Europea por carencias claves como la política fiscal común, Europa continúa siendo un proyecto ambicioso, una potente idea aunque su configuración como bloque de poder, como actor unitario de alcance global, no haya tenido el desarrollo deseado.

¿Dónde nos encontramos a la vista del conjunto de problemas económicos y financieros, pero en el fondo problemas políticos diversos, de toma de decisiones y de articulación de las instituciones implicadas? En acertada descripción de José Ignacio Torreblanca, nos encontramos en “tierra de nadie”, por la incapacidad de los Estados y la insuficiencia de una gobernanza supranacional. Dicho en sus propias palabras: “La unión monetaria se encuentra en una peligrosa tierra de nadie: los gobiernos ya no son autónomos para conducir la economía, pero tampoco han sido sustituidos por instituciones supranacionales eficaces. En la UE, el Banco Central Europeo es la única institución verdaderamente federal en este momento, pero no puede por sí solo empujar a toda la UE, especialmente mientras Berlín siga bloqueando la política fiscal”.

Y sin embargo Europa, la hoy Unión Europea, desde sus orígenes en los años 50, ha tenido en su horizonte, a una distancia temporal mayor o menor, una mayor ambición, el impulso y el deseo de una “política mayor”, de una verdadera “unión política”, que le permita mostrarse como un actor principal en la geopolítica mundial.

Ha sido el permanente retraso en la creación de una “unión política” el hecho que ha obligado a la Unión Europea a ir creciendo en el proceso de integración sobre una base más modesta, con políticas sectoriales más modestas, de menor calado pero más efectivas, como ha sido, a modo de ejemplo, la política agraria común.

En definitiva, se ha venido aplicando el llamado “método funcional”, que desde la Declaración de Robert Schuman, Ministro francés de Asuntos Exteriores y uno de los padres fundadores de la nueva Europa, el 9 de mayo de 1950, ha sido el vehículo de construcción europeo. Como afirmaba Robert Schuman: “Europa no se hará de una vez ni en una obra de conjunto: se hará gracias a realizaciones concretas, que creen en primer lugar una solidaridad de hecho. La agrupación de naciones europeas exige que la oposición secular entre Francia y Alemania queda superada, por lo que la acción emprendida debe afectar en primer lugar a Francia y Alemania”. Y la acción emprendida fue la creación de la Comunidad

Económica del Carbón y el Acero (CECA), un acuerdo histórico sobre las dos materias que habían encendido la segunda guerra mundial.

En el salto cualitativo, no realizado, de las “políticas menores” a una “política mayor”, ha pesado y sigue pesando el recuerdo del gran fracaso histórico de 1954 de la Europa de la defensa, de la que hubiera sido la Comunidad Europea de Defensa (CED), apuesta rechazada en la Asamblea Nacional Francesa. En aquel momento, en el contexto de la década de la postguerra, era posible, pero como conllevaba una apuesta por el Federalismo europeo como objetivo político, se frenó el proceso para mucho tiempo, no sabemos para cuánto.

Desde aquella decisión determinante para el proceso de construcción de instituciones supranacionales, el único eje sobre el que moverse y avanzar son los Estados.

El sujeto creador e impulsor de Europa, su “nos” constitutivo son los Estados, lamentablemente no los ciudadanos europeos. No hay un “demos” europeo, no hay un “nosotros, los ciudadanos”, el pueblo europeo. No tenemos ese explosivo y certero inicio de la Constitución Americana, por eso tenemos una carencia política constitutiva y, en cambio, hemos tratado de suplirla con una sobredosis jurídica de corte afrancesada. Europa es más una construcción jurídica en el ámbito del Derecho Internacional que una realidad política sólida y unificada en la geopolítica mundial. Como se suele afirmar: se está haciendo Europa; ahora se trata de crear europeos.

A esta carencia política básica se ha añadido, como consecuencia de más de un lustro de recesión, con sus múltiples problemas económicos, financieros y sociales, la percepción de que la Europa real, la que viven los ciudadanos, está sometida a los mercados y no es percibida como una Europa política fuerte, sustentada en una soberanía del pueblo europeo.

La pregunta que hay que hacerse es si los europeos se consideran a sí mismos como tales, si viven y sienten en su interior una identidad europea. La respuesta es que la identidad europea tiene poca fuerza entre los europeos y en consecuencia brotan, con cierto vigor, los movimientos eurófobos, en ocasiones con tintes racistas, y las reclamaciones de fronteras nacionales a la antigua usanza.

Por eso necesitamos volver al apotegma de Ortega, en su caso aplicado a España: “España es al problema, Europa la solución”; afirmación hoy válida para un conjunto de países en los que toma vigor la xenofobia, los sentimientos antieuropeos, el racismo, en definitiva planteamientos y sentimientos que buscan desmontar la construcción tan laboriosamente llevada a cabo desde hace más de medio siglo y que ha proporcionado a Europa una brillante etapa de paz, prosperidad, equilibrio social y desarrollo económico.

Europa vive en una contradicción extenuante y paralizadora; proclama con vigor que su existencia se fundamenta en una decidida voluntad de defender e impulsar grandes principios y valores morales y políticos como la democracia, las libertades, los derechos

humanos pero, en la práctica de cada día, sigue actuando por intereses nacionales, lo que se hace más evidente en el caso de sus grandes países miembros.

Para salir de esta parálisis necesitamos tener un nuevo sueño europeo. Un sueño revitalizador, tras los importantes logros conseguidos en estas décadas, logros tan importantes como la paz europea, el mercado único, las cinco libertades del euro como moneda única. El sueño debe ser la unión política que hará posible la presencia de la Unión Europea como actor global, para, entre otras aportaciones, humanizar la globalización introduciendo los valores cívicos europeos; de lo contrario corremos el riesgo de volver a las fronteras nacionales y desandar el camino recorrido retornando al mundo de principios del siglo XX.

Todo ello es compatible con la apelación a la identidad nacional. La nacionalidad, que sin duda la tenemos, es lo que nos distingue y Europa, la condición europea, la Unión Europea, es lo que nos une. Son dos caras de la misma moneda.

Porque siempre debemos tener presente el riesgo de una nueva fractura en Europa. Sería de nuevo una fractura entre el norte y el sur, en este caso no por razones religiosas ideológicas sino por razones económicas. La fractura entre los países del norte acreedores y países del sur deudores, entre el mundo protestante y el mundo católico, entre los países ricos y los menos ricos, entre la prosperidad del norte y las dificultades económicas y financieras del sur.

Esperemos que este riesgo no se haga realidad y el proceso de construcción europea hacia su meta final, la unión política, continúe, tras superar los efectos demoledores de la gran recesión y depresión social, que se prolongan más de un lustro.

Apostamos porque el riesgo de una nueva fractura sea solamente un mal sueño. En todo caso el futuro de Europa será postnacional o no habrá Europa, como entidad propia, y volveremos a las fronteras nacionales que son anticipo de trincheras y se acaba con naciones en escombros.

Pero la historia europea de larga duración es, como hemos visto, una historia de fracturas. Es verdad que la historia no es lineal, no se repite, pero rima.

*Santos Castro Fernández**
Ex Asesor del IEEE

i

***NOTA:** Las ideas contenidas en los **Documentos Marco** son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.